

“LA VOCACIÓN DEL HOMBRE”

Mariano Robles Reyes
Universidad Anáhuac México Sur

Resumen

A principios del siglo XX, la muerte de Dios se ve como suceso consumado por las ideologías occidentales dominantes, lo cual generó una postura diferente en la valoración de la existencia humana, dejando como únicas posibilidades: o la pertenencia a un grupo en forma masiva, o el encierro en un egoísmo que guía hacia el dominio del más fuerte sobre el más débil, sea por la obtención del confort o por la esperanza de hacerse fuerte siendo un superhombre, o en el estoicismo de obediencia ciega, falta de responsabilidad y libertad. Ante estas posibilidades, el pensamiento cristiano personalista de E. Mounier levanta la voz con su propuesta de Revolución Personalista, basada en la vocación humana responsable y libre, encarnada en la acción comunitaria al interior de la cultura.

Palabras clave

Persona, compromiso, comunidad, Revolución Personalista, vocación.

Introducción

Surgido de las entrañas de la modernidad y viviendo en la época de las grandes guerras, un superhombre¹ emprende su labor histórica de corte personalista; una tarea de hacer centro del pensamiento al hombre mismo, sin dejarlo aislado ni huérfano, sin conceder la muerte de Dios como un suceso consumado. Este pensador procedente de las filas de la filosofía cristiana francesa, habrá de proponer una

¹ Este calificativo quizá no sería rechazado por Mounier, pero Nietzsche jamás habría aceptado se le diera a un moralista. Simplemente son razones analógicas las que motivan a emplearlo. Superhombre: porque responde a las características del alma poderosa que busca superarse a sí misma, porque no aceptó como valioso lo que no lo era aun cuando tuviese que enfrentarse con su época, porque formó su propia moral aristócrata apasionada y viril, construyendo una escala de valores en forma personal (no individual), creando y destruyendo, por vocación y compromiso lo que a su paso no respondía a la fuerza de su pensamiento (incluso reviviendo la idea de Dios en contra de los pronósticos de la morgue de su tiempo), y porque su existencia fue una vida propia con toda su crudeza y con toda su belleza; haciendo de su historia una vida de Héroe trágico o de Santo, según la perspectiva.

forma de ver y entender al hombre, contraria a buena parte de las corrientes filosóficas dominantes a principios del siglo XX, las cuales sentaban como principio fundamental la muerte de Dios, anunciada por Nietzsche a finales del siglo XIX.

Emmanuel Mounier, a pesar de su breve vida (1905-1950) y su nula participación desde el ámbito filosófico académico, amplió su existencia a través de la edición de la revista *Esprit* que aparece por primera vez en el año de 1932 y de la que no se separará hasta su muerte, sino obligado temporalmente por las circunstancias de la guerra a la cual se opuso y su rebeldía ante los regímenes totalitarios, que le llevaron a la cárcel. Mounier, es considerado por muchos el padre del personalismo y por otros, su principal promotor, sin negar como sabemos que, por las temáticas tratadas podría considerarse a muchos filósofos de la época como personalistas o, incluso, como el propio Mounier afirma, podría hablarse de una tradición personalista desde la filosofía clásica.

Para Mounier, el personalismo no es posible de ser considerado una escuela, pero sí lo es, como una corriente del pensamiento, que él mismo trata de expandir a través de sus libros y artículos. Convencido de que su época es responsable de crear un mundo mejor para las persona a través de un renacimiento personalista, Mounier trata de responder a las preguntas que se presentan para el hombre de su tiempo, sin limitarse solamente a la teoría sino enriquecida ésta con la acción. Maritain y Péguy (entre otros) habrán de influir en su pensamiento, pero como superhombre llegará el momento de elevarse a mayores alturas que sus maestros.

El presente ensayo pretende desarrollar la temática recurrente en Mounier correspondiente a la vocación del hombre para obtener elementos que nos sirvan de base para su idea de realización personal en el compromiso.

El objetivo de este trabajo se determina por analizar la idea de la vocación de la persona, existente en el pensamiento de Mounier, tomando en cuenta la raíz personal de la que brota, con el fin de

hacer explícita su necesidad para superar los demonios de su época a través de la generación del compromiso y la comunicación.

La suposición que hemos considerado es que, Mounier tendrá una visión próxima y conciliadora con las filosofías revolucionarias que dominaron su época; no por ello menos convencida, menos firme ni menos revolucionaria. Por ello, nuestra propuesta hipotética es que, la revolución personalista sólo puede ser producto de la vocación personal, y puede adaptar en su seno, incluso una filosofía aparentemente contradictoria como la del superhombre de Nietzsche, otorgándole un toque personalista que pretende llevarla a la formación de la comunidad de personas libres; por tanto, que la revolución no sólo es destrucción sino construcción superadora.

Este texto ha tenido como origen la pasión por un autor, pero las preferencias personales por sí mismas no dictan la verdad de algo ni su relevancia, hay que trabajarlas y sumarlas como realidades. Quizás la actitud de Mounier haya motivado este trabajo; ese modo de no cejar en la búsqueda de la verdad; ese no oponerse a ninguna teoría por ser tal teoría, ni defender alguna por el apellido que portara tal teoría; Mounier es antes que todo un amigo de la verdad. Estar de acuerdo o no con su pensamiento, no desestima la grandeza de su espíritu.

Para cerrar esta especulación introductoria, hemos de proponer guarnos por ciertas preguntas que puedan delimitar la temática a tratar por el trabajo y sirvan como lógica interna del mismo; por supuesto, todas ellas giran en torno a la persona y su vocación:

- a) ¿a qué realidad hace referencia Mounier cuando habla de la persona?
 - b) ¿qué es y cuál es la importancia de la vocación para la persona?
 - c) ¿cuál es el fin que realiza al hombre?
 - d) ¿cómo ilumina la vocación a la llamada Revolución Personalista?
-

Desarrollo

El principio, el fin y la lógica interna han sido planteados en la introducción, ahora corresponde poner carne al esqueleto que hemos expuesto. Para ello, hemos de iniciar hablando de lo que no es el mundo de la persona y que en su época es genera confusión para hablar del mismo, desde la postura de Mounier.

El mundo de la persona no es el mundo estoico en el que el hombre logra controlar todos sus impulsos y deseos, no es un mundo aburrido y solemne; tampoco es el mundo absurdo en el que nos espera la nada en la carrera desesperada por existir; el mundo de la persona no es solamente dolor y llanto; ni aquél en el que cedemos todo nuestro ser a la humanidad para que haga por nosotros la tarea personal de existir: el mundo de la persona no regala su existencia ni a lo colectivo ni a la materia.

Menos aun es el mundo de los racionalistas que niegan la profundidad del misterio ni es el mundo en el que todo es misterio y en el que nos escondemos para aceptar resignadamente la complejidad de lo mecánico, la falta de singularidad y el horror a la firmeza de espíritu.

El mundo de la persona es aquél en el que cada una tiene un precio inestimable, es un mundo antiigualitario y, a su vez, antiaristocrático en este mismo sentido; en el mundo de la persona nadie es medio y nadie es cosa, nadie está clasificado ni seriado por su condición o por su raza. El mundo de la persona es en el que se vela por el privilegio de la responsabilidad y por la flexibilidad de los organismos sociales al servicio de las personas.

El mundo de las relaciones objetivas y del determinismo, el mundo de la ciencia positiva, es a la vez el mundo más impersonal, el más inhumano y el más alejado de la existencia. La persona no encuentra sitio en él porque, en la perspectiva que ese mundo toma de la realidad, no cuenta para nada una nueva dimensión que la persona introduce en el mundo: la libertad.²

²MOUNIER, E., El personalismo. Antología esencial, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2002, p. 418.

Ahora bien, como ya se ha dado a entender, la persona no es un algo determinado y acabado, no es un objeto y, por lo tanto, no es definible en sentido estricto; pero tampoco es la presencia pura de un espíritu que se capte en forma sustancial, o que no necesite del esfuerzo de la razón o la sensibilidad para acercarse a ella. Para saber de la persona es necesario libremente experimentar de forma progresiva el descubrimiento de su vida personal, convocarla a que se nos presente en sus modos y en sus caminos y así vivir la experiencia de su presencia para poder describirla. Sin embargo, Mounier, no sin reconocer que es imposible definir a la persona pues es la presencia del hombre, hace un intento de acercamiento a una definición.

Una persona es un ser espiritual constituido como tal por una forma de subsistencia y de independencia en su ser; mantiene esta subsistencia con su adhesión a una jerarquía de valores libremente adoptados, asimilados y vividos en un compromiso responsable y en una constante conversión; unifica así toda su actividad en la libertad y desarrolla por añadidura, a impulsos de actos creadores, la singularidad de su vocación.³

La persona es una vocación unificadora que no puede conocerse en su totalidad pues tiene siempre una realización simbólica e inacabada, de la cual es incapaz la conciencia de someterla a una individualidad estática. Por el contrario, la individualidad cambiante de cada ser humano va tomando diversas formas o caras, que al hacerlas más o menos conscientes, hiladas por la personalidad, se va construyendo una totalidad coherente. Sin embargo, la persona, siempre trasciende la objetivación que vamos tejiendo para ella; aun cuando esos personajes forman parte de la riqueza de su ser, en ese ir y venir de renuncia, desprendimiento y superación que la caracteriza.

Tocamos aquí el proceso de espiritualización característico de una ontología personalista; es, al mismo tiempo, un proceso de desposesión y un proceso de personalización. No decimos

³ Ibid., p. 409.

interiorización porque la palabra sigue siendo confusa, y no indica cómo este desprendimiento conduce, por el contrario, a un más amplio poder de compromiso y de comunión.⁴

La objetivación que hacemos de la persona es el resultado de transformar como parte de nuestra naturaleza, en nuestra realidad existencial, lo exterior de lo mecánico, lo biológico, lo social, lo psicológico y lo moral; sin embargo, a esta objetivación escapa la realidad personal en su conjunto, pues jamás se reduce a una de sus formas, ni a la totalidad de las mismas; es siempre algo trascendente del individuo y de la personalidad.

Nuestra experiencia personal está llena de desgarramiento, riesgos e inseguridades, acompañados de nuestras astucias, sueños, deseos y prudencias; los cuales son incapaces de ser transformados en un ser acabado; se es persona en el dolor y en la dicha, pero se es más que ese dolor y esa dicha, la persona los trasciende, la persona no es únicamente lo que hace ni lo que se hace.

Este esfuerzo de trascendencia personal constituye la cualidad misma del hombre y distingue a los hombres entre sí no sólo por la singularidad de sus vocaciones inconmensurables, sino sobre todo por esa cualidad interior que confiere a cada uno, y que selecciona a los hombres mucho más allá de sus herencias, de sus talentos o de su condición, en el corazón mismo de su existencia.⁵

Mounier afirma que, la persona tiene un valor inestimable que toda sociedad y realidad objetiva deben reconocer, lo cual, desde el punto de vista cristiano debe ser respetado como infinito, haciendo de las personas, seres equiparables en lo espiritual. Como resultado del anterior principio, ninguna persona puede ser menos valiosa o convertirse en medio para la otra; por eso el personalismo está atento de contradecir los abusos que los individuos quieren cometer contra

⁴Ibid., p. 414.

⁵Ibid., p. 417.

sí mismo o contra los demás. Sin el reconocimiento de este principio, la ciencia, las realidades objetivas (llámese instituciones) y el propio hombre se despersonalizan.

Es en este punto que aparece la realidad humana desde una nueva dimensión que sólo la persona puede insertar en el mundo: la libertad. No la libertad del egoísta que suspende todo compromiso e incluso se niega a adherirse a una decisión; no ésta libertad que le aleja de toda posibilidad de amor en la búsqueda del confort, de la posesión y de la renuncia a toda decisión que ponga en riesgo su tranquilidad, dejando al aire su ineptitud incluso para pecar. Es decir, no la libertad burguesa que se resigna a una felicidad basada en la tranquilidad social y psicológica, de ser poseído por lo que se posee y cuya máxima moral se reduce al enunciado: ‘se ruega no tocar lo mío ni a mí’.

Escuchadle decir: mi mujer, mi auto, mis tierras, ya se sabe que lo que cuenta no es la mujer, el coche, las tierras, sino el posesivo descarnado (...) No es apto, decía Péguy, ni para el pecado, ni para la gracia, ni para el dolor, ni para la alegría. Hombre de salud, hombre de felicidad, hombre de bien: un hombre que ha encontrado su equilibrio, un ser desgraciado.⁶

Tampoco la libertad que defiende Mounier es la otorgada ni la que masifica las libertades, que esclaviza a las personas por el bien de todos en una obediencia a las abstracciones de una nación o de un grupo dominante. No es la libertad de las ideologías que enseñan que el hombre no puede elegir por sí mismo su vida y prometen resolver los problemas humanos con el sólo hecho de obligar a los individuos a obedecer un sistema prefabricado de partido, de grupo, de moral, de estudios, de control. No es la libertad del espíritu objetivo supuestamente más evolucionado, es decir, la que otorgan las instituciones al hombre su carácter personal y por tanto le dan la libertad a la que se hace merecedor; no existe el milagro liberador institucional, que en el “ponerse la camiseta” nos hace libres. Sin embargo:

⁶DÍAZ, C., Treinta nombres propios (las figuras del personalismo), Fundación Emmanuel Mounier, Salamanca, 2002, p. 24.

La objetividad que por un lado se nos presenta como masividad ciega y hostil, como amenaza de invasión y envascamiento, cuando es aceptada y transfigurada por la libertad personal, sin someterse nunca totalmente, se convierte al mismo tiempo en plenitud, desbordamiento y botín saludable. El fin de la filosofía (y de la acción) no es, por tanto, la disolución de la objetividad, muy parecida a la hominización del mundo de la que habla Marx (...) ⁷

La libertad espiritual a la que hace referencia el personalismo, de Mounier es aquella que brota de la persona para descubrir y optar, por sí misma su propia vocación y los medios para realizarla; sin negar por ello, la adhesión a grupos o al compromiso. La libertad de espíritu tiene como base el consentimiento y la adhesión propios de la persona, los cuales, alimentan su fuerza y entusiasmo para no caer en conformismos públicos ni en obediencia ciega. La libertad no es otorgada sino reconocida, y este reconocimiento sólo se puede dar en el plano de la historia personal de cada uno comprometido con la comunidad.

No basta, pues, haber salido de la dispersión del individuo para alcanzar lo personal. Una personalidad a la que se le haya rehecho una sangre y un rostro, un hombre al que se le haya vuelto a poner en pie, del que se haya tensado su actividad, puede que no ofrezca más que un mayor alimento y una mayor energía a su avaricia interior. ⁸

Cuando la persona en el encuentro de sí misma, abandonando el individualismo, puede quedar abierta al heroísmo, que tiene como guía de acción la elección de los valores desde los más bajos hacia los más altos; pero también puede llegar a la santidad, que lleva a los abismos de la persona auténtica, que sólo se encuentra colmada en la donación, por la cual es capaz de valorar a las personas por su sentido de acogida y de don, en esa paradoja del tener y ser, que se corresponden en el compromiso con el otro; es decir, que ve a la comunidad desde su corazón, como parte integrante de su propia vocación personal.

⁷MOUNIER, E., Mounier en Esprit, Caparrós Editores, Madrid, 1997, p. 106.

⁸MOUNIER, E., El personalismo..., p. 420.

Así, Mounier afirma que: “La vocación central del hombre es la de ser una Persona en situación de comprometerse libre y responsablemente y capaz de vivir una vida espiritual.”⁹

Es por eso que la persona es cada hombre en su ser total, no sólo sus objetivaciones, sino también el equilibrio y la tensión existentes entre sus tres dimensiones personales: la vocación, la comunicación y la encarnación.

La presencia y unidad de esa vocación es encarnada y se da en la tensión de existir personalmente; superándonos intemporal e indefinidamente como sí mismos, a través de la comunicación universal asumida como propia y, consagrándonos a reunir y ordenar nuestra materialidad como sí mismos, para la donación en la comunidad de los individuos singulares.

La persona no es un lugar en el espacio, un dominio que se circunscribe y que se sobreañadiría a otros dominios del hombre provenientes del exterior. La persona es el volumen total del hombre. Es un equilibrio en longitud, anchura y profundidad, una tensión en cada hombre entre estas tres dimensiones espirituales: la que sube desde abajo y la concreta en una carne, la que se dirige hacia lo alto y la eleva hacia lo universal, la que se extiende en lo ancho y la dirige a una comunión.¹⁰

Al respecto, Mounier está consciente que siempre hay motivos para que no se realice la vocación, pues toda acción que compromete acarrea consigo cierto número de razones para no hacerlo; aun más cuando hablamos de periodos de crisis, en los cuales la carga de factores que desmotivan al compromiso comunitario y personal es mayor. Por eso la vocación sigue siendo una respuesta encarnada en la historia, basada en la libertad de espíritu; cuántos posibles grandes espíritus se han perdido de sí mismos en la masa y en las realidades objetivas, por el temor de no permanecer en el confort o no ser reconocidos por los suyos. ¿Cuánto y qué estamos dispuestos a renunciar por esos falsos ídolos? ¿Cuánto y qué estamos dispuestos

⁹MOUNIER E., Mounier en Esprit..., p. 18.

¹⁰MOUNIER, E., El personalismo..., p. 74.

a renunciar por el compromiso comunitario con nuestra vocación personal?

La persona, en ese compromiso adquirido libremente por vocación, lucha contra toda debilidad de espíritu, con sacrificio y desgarramiento ante el riesgo e inseguridad, los cuales no son valores por sí mismos, sino por la realización de la vocación personal en cumplimiento de su compromiso asumido como propio, para la generación del mundo humano en el que participa. Así, la persona comprometida, ama la alegría, la plenitud y la serenidad que le son fecundas, pero no es optimista ni mediocre; tampoco es esclava de sus posesiones. Ama la singularidad de los hombres y no estima pagana la belleza de las cosas; ama la verdad por sí misma y mantiene la esperanza como aliada en el encuentro con el misterio, al que reconoce humildemente porque le muestra su finitud pero jamás se resigna pasivamente a él, ni le culpa de su existencia.

En todo ello, la persona muestra su valor inestimable pero todo aquello lo vive sin negar la madurez que se requiere para realizarse en la sociedad en forma comunitaria; esto es una vocación que se comunica, libre y comprometida.¹¹ En eso consiste la revolución personalista que es un trabajo (don y tarea) a realizar diariamente, al interior de la comunidad; del que no podemos ser remplazados por ningún sistema o destino que nos arrastre o decida por nosotros.

Por eso Mounier afirma que, para la formación de la persona de manera íntegra se requiere la búsqueda de la propia vocación, la humildad para reconocer la encarnación de ésta en el compromiso, y la purificación del sacrificio libre y personal, que nos lleva a la entrega de sí mismos, por sí mismos en los demás. El verdadero mal de toda época, afirma, está en que la persona se falta a sí misma (y a los demás), porque normalmente no busca ninguno de aquellos elementos; sea por el egoísmo del individualismo, que la convierte en una abstracción desvinculada, o por la masificación de las tiranías colectivas, que la vuelven posesión de una supuesta realidad colectiva.

¹¹Cf. *Ibid.*, pp. 416-419.

Conclusiones

De burgués todos tenemos algo como afirma el personalista Carlos Díaz¹², el ideal pequeño-burgués basado en la abundancia, el confort y la seguridad, habita en nosotros en mayor o en menor medida. Se teme la inseguridad de la desposesión, de la injusticia, de la escasez de medios para la realización de la vocación, y se renuncia al fin personal por la obtención de los medios.

Quizás en la actualidad ya no son tan fuertes las ideologías del siglo pasado o todas han sido reunidas en una sola que uniforma a las sociedades contemporáneas, pues existe esa única realidad globalizada lleva a la pérdida del espíritu, al desconocimiento de la persona y la aceptación reducida a la enunciación verbal de la dignidad humana. Siempre existen motivos que imperan para la no realización personal por egoísmo o por masificación.

En la búsqueda del confort se teme a la pobreza, pero como Mounier afirma, la pobreza no es miseria: “queremos solamente decir que, una vez vencida la miseria, cada uno debe estar libre de ataduras y de tranquilidad: a cada uno le corresponde conocer sus fuerzas y su medida.”¹³

Lo que en este trabajo se ha querido mostrar es la necesidad que sigue existiendo de encontrarnos con nuestra realidad personal, la cual se nos escapa continuamente en la búsqueda de lo que nos une a todo ente vivo: que comer, donde habitar, como subsistir. Lo que nos une a todas las máscaras que nos vamos formando y que la personalidad sintetiza. Pero la persona trasciende esas realidades objetivas.

La propuesta personalista de Mounier, no es una propuesta cerrada a la diferencia, es en efecto conciliadora y confronta a las diversas corrientes existentes en su tiempo. No pretende ser una idea acabada sino que se enriquece a través del diálogo y la confrontación crítica. No teme a la crítica, antes bien, cree que la crítica es el modo

¹²Cf. DÍAZ, C., Treinta nombres..., p. 26

¹³MOUNIER, E., Mounier en Esprit..., p. 18.

en que las diversas corrientes se toman en cuenta y se valoran; cree en la crítica como algo constructivo de los pensamientos fuertes y de la virilidad de la persona.

La propuesta personalista de Mounier considera la necesidad de obtener un resultado que se encarne en la civilización, la cultura y la espiritualidad, los cuales son los tres términos del desarrollo del espíritu en el mundo.

Podría creerse que es un pensamiento utópico, pero Mounier está consciente de que la vocación es una tarea que se descubre y se construye en el quehacer diario de la persona. No se puede formar una sociedad personalista sin la participación de los individuos singulares, únicos en el sentido de unicidad. El proceso de formación nunca es acabado, pues la persona nunca se concluye, es actividad creativa en el quehacer de sus compromisos y los medios para realizarlos.

Mounier rechaza toda ideología que pretende masificar al hombre con libertades abstractas o con promesas de bienestar alejadas de toda libertad creativa. Acepta que el hombre es una búsqueda constante de sí mismo, es una formación de sí mismo y de su ser personal.

Por todo lo anterior, hemos afirmado que Mounier y su propuesta es hasta cierto punto una superación del superhombre en sentido nietzscheano. Así como el loco anunciaba la muerte de dios y nadie le creía, así Mounier anuncia la propuesta de la resurrección del hombre, pero del hombre real, el que es persona. Sienta las bases de esa persona a la que aspira cada hombre, que se caracteriza por alejarse de la conformidad por medio de la creatividad; el hombre que experimenta el desgarramiento de la persona en su existencia limitada con la esperanza en que puede cambiar algo del mundo en el que le ha tocado existir y en el que habita. La persona es el espíritu que combate porque quiere para el hombre la posibilidad de vivir como sí mismo y no como los demás le dictan su existencia. 'Es preferible sufrir una injusticia antes que cometerla', pero es preferible combatir la injusticia antes que resignarse a ella.

El principio de superación es tan esencial para la vida personal, como el principio de realidad y de interioridad. Ella no se mantiene más que por él, del mismo modo que la bicicleta o el avión no se mantienen más que por su velocidad. El hombre está hecho para ser superado. La fórmula de Nietzsche no tiene solamente un valor moral, tiene, y tenía sin duda en este filósofo, un valor operacional. El hombre no se mantiene en pie más que superando continuamente lo dado, el hábito, lo adquirido.¹⁴

Sin embargo, la filosofía de Mounier mantiene la presencia del otro como igual, el valor del compromiso, la comunicación y la vocación en un mundo comunitario al que todos somos llamados personalmente, el cual sólo es posible en el reconocimiento de la dignidad de cada hombre.

La vida de Mounier es muestra de la fidelidad a este compromiso, preferible el riesgo de ser arrestado antes que dejar sin voz a la persona; preferible la pobreza elegida antes que prostituir la realidad personal por el confort, la avaricia, la aceptación o incluso por no ser rechazado por los líderes de la religión que profesaba, como es el caso de la respuesta al P. Fessard, quien lo acusa de ser un ideólogo del cristianismo progresista, en una de tantas acusaciones recibidas.

Si nunca hemos disimulado nuestras divergencias con varias actitudes y posiciones fundamentales de los cristianos progresistas, al menos hemos visto en ellos a unos testigos del problema central de nuestro tiempo, testigos animosos y, a veces, de un alto valor humano y cristiano, testigos con los que se discute, pero en la fraternidad de un mismo drama: si se equivocan, el odio o la rabia grosera que derraman sobre de ellos algunos cristianos es cien veces más despreciable que su error. No hay un gran itinerario sin errores en el camino.¹⁵

Mounier habrá de ser el artista de sí mismo, comprometido con su propia vocación en vida en pos de una trascendencia. Preferible ser considerado un cristiano progresista (no porque lo fuera), antes que faltar a su compromiso por “la libertad con un sentido, en los buenos

¹⁴ DÍAZ, C., La hora del personalismo comunitario. El compromiso de la acción, Fundación Emmanuel Mounier, Madrid, 2003, p. 49.

¹⁵ MOUNIER, E. Mounier en Esprit..., p. 133.

momentos, del ‘deja todo’ y del ‘pase lo que pase’, sin lo cual ninguna sociedad será nunca viril.”¹⁶

Bibliografía

DÍAZ, C., La hora del personalismo comunitario. El compromiso de la acción, Fundación Emmanuel Mounier, Madrid, 2003.

— — — —, Treinta nombres propios (las figuras del personalismo), Fundación Emmanuel Mounier, Salamanca, 2002.

MOUNIER, E., El personalismo. Antología esencial, Ediciones Sígueme. Salamanca, 2002.

— — — —, Mounier en Esprit, Caparrós Editores, Madrid, 1997.

¹⁶Ibid., p. 24.